

## LOS ADOLESCENTES

A la salida del sanatorio, había un cartel que recomendaba silencio. Justo cuando estaba tratando de leerlo, con alguna dificultad derivada de la quimioterapia, que además de aniquilar su apetito y sus fuerzas, había disminuido su agudeza visual, llamó su atención un grupo de adolescentes, que venían caminando en dirección al sitio donde él se encontraba, que se notaba que no habían leído el cartel tampoco y anunciaban, bulliciosos, con cánticos y silbatos, que habían terminado la escuela secundaria.

No pudo evitar sonreír.

Caminó más despacio, siempre viéndolos divertirse, porque le pareció un grupo simpático y también porque le traían recuerdos de su pasado. Pasaron a su lado literalmente sin verlo, ensimismados como estaban en su festejo, haciendo cada vez más ruido, definitivamente sin leer, el cartel reclamando silencio.

Vestían el uniforme de la escuela a la que él mismo había concurrido en su infancia. La diferencia era cómo lo usaban.

Evidentemente los tiempos habían cambiado.

Luego de tantos años, las prendas y los colores eran casi iguales, pero la diferencia era que ellos usaban, el uniforme escolar reglamentario, de una manera no tan reglamentaria como podría esperarse.

Los dos varones habían colocado la corbata a modo de vincha, con el nudo a un costado de la frente y tenían ambos, la camisa completamente abierta, ignorando todos y cada uno de los botones.

Ellas, habían acortado considerablemente sus polleras transformándolas en verdaderas minifaldas, las camisas no tan abiertas como los chicos pero sin duda alguna, ninguna hubiese pasado una somera inspección del Cura Director. Dios no quisiera que el pobre cura estuviera paseando por el barrio y los viera, caso en el cual hubiera sido probable que el departamento de cardiología del sanatorio registrara el ingreso en la sala de urgencias, de un cura afectado de un infarto de miocardio, que en vez de una expresión de dolor, tuviera una de genuino asombro reflejada en su rostro.

Un accesorio que en su época nunca había usado, al parecer se había sumado con gran aceptación al uniforme escolar, ya que todos usaban una nariz roja de plástico como las de los payasos y agitaban con sus manos un banderín con la leyenda EGRESADOS 2012.

Dos de ellos estaban fumando: una niña y un varón, todavía imberbe, bien flaquito.

Quien ha tenido la desgracia de haber sido fumador alguna vez, puede entre otras cosas, reconocer sin mayor resquicio para la duda, a los fumadores inexpertos ya que tienen una muy particular manera de hacerlo que es distinta al aspirar, exhalar y aún al sostener el cigarrillo entre los dedos, que los delata como novatos en el oficio ante el ojo experto.

Darse cuenta de que estaba en presencia de dos noveles fumadores, tan jóvenes, actuó como disparador para la aparición de la duda que se le presentaba siempre en situaciones similares.

¿Debía advertirles que fumar era muy peligroso? Y si lo hacía, ¿cómo reaccionarían? ¿Cómo ayudarlos, para que no recorrieran su mismo camino algún día?

Sabía que en realidad, no tenía derecho de hacerlo tampoco, ya que al fin de cuentas, para eso estaban los padres.

La duda, sin embargo persistía siempre, alimentada por algo que formaba parte de su dolorosa experiencia personal, ya que, sabía que era posible que esos padres, no estuvieran al tanto de que sus hijos fumaban, o de las nefastas consecuencias de la adicción sobre la salud, o tal vez sí lo estuvieran, pero no les importara un comino.

Otras veces, aquellos padres que fumaban se consideraban a sí mismos no aptos para suministrar consejo en contra del cigarrillo dada su propia condición de fumadores, por lo que sentían, que no tenían autoridad moral para aconsejar a sus hijos sobre el tema.

Él mismo era una prueba viviente de que por ignorancia se podía exponer a los niños al humo de segunda o tercera mano con serias consecuencias sobre la salud.

La precocidad con la que él mismo había enfermado de cáncer de pulmón, era fruto seguro, al menos en parte, del constante contacto con el humo ambiental que había tenido en su propia casa desde su más tierna infancia.

Por supuesto que también habrían contribuido sus años de fumador activo (durante su carrera universitaria él mismo había fumado y mucho), pero lo cierto era que no lo había hecho más que durante unos diez años, lo que no le parecía tiempo suficiente como para haberle provocado un cáncer de pulmón a sus 45 años.

Había dejado de fumar por varias razones, pero la principal según creía, era haber ejercido activamente su especialidad, la cardiología, sobre todo durante los cinco años en los que había tenido dos días de guardia por semana, en una concurrida Unidad Coronaria.

Los propios pacientes lo convencieron de que debía dejar de fumar a riesgo real de su propia vida.

No recordaba un solo día en los cinco años que había pasado trabajando en la unidad, en la que no le hubiese tocado atender a una víctima de esta adicción.

Eran en general, hombres y mujeres jóvenes, los que, uno por uno, le demostraban sin palabras, cuál era el factor de riesgo que los había llevado a ese lugar, lamentablemente cuando ya era demasiado tarde.

La evidencia era tal que luego de un corto tiempo de trabajo, cuando recibía el o los infartos del día, ya no le preguntaba a los pacientes si fumaban, sino directamente cuántos cigarrillos diarios consumían.

Había quedado particularmente impresionado en una oportunidad, en la que un paciente de unos cuarenta años, ante la consabida pregunta referente al número de cigarrillos, le había respondido que no fumaba,

que era un ex fumador. La pregunta siguiente, ¿cuánto tiempo hace que dejó de fumar? Tuvo la respuesta que lo movilizó: Hoy, doctor, puedo asegurarle que no fumaré nunca más en mi vida, dicho con el esbozo de una triste sonrisa dibujada en los labios.

Se preguntó entonces, si para él mismo sería también necesario un infarto, la experiencia personal, la pérdida de la vitalidad de una parte de su propio corazón, para dejarlo.

Así fue que decidió que al igual que el paciente, él lo dejaría ese mismo día. Encaró la tarea tan convencido de que era una lucha que debía ganar, que tuvo éxito en el primer intento.

Sumó así, a los cinco años que había fumado durante su época de estudiante, los cinco primeros años de su práctica médica.

Terminar la residencia y recibir el título de especialista, reafirmaron su decisión de dejar la adicción en el pasado, mas no en el olvido.

Supo con certeza que tenía obligaciones para con la comunidad, que el título que había obtenido, lo obligaba no sólo a curar sino también a prevenir y que debía dar el ejemplo, que era inadmisibles que en su condición de médico especialista en corazón, fumara a la vista de quienes podrían interpretar este hecho como una suerte de permiso tácito para hacerlo también.

Sabía que no sería fácil transmitir una experiencia tan personal como la suya, sin agredir, como en el caso de los adolescentes que todavía no concebían siquiera el concepto de la enfermedad como una posibilidad en sus propias vidas.

No debe haber cosa más inútil que recibir a los diecisiete años, advertencias sobre el aumento de las posibilidades de sufrir una enfermedad a los cincuenta.

Algo que va a pasar a los cincuenta o sesenta años no es algo que preocupe para nada en la época de la adolescencia.

Por otra parte, hablar de enfermedades, quimioterapias, cirugías con un grupo de adolescentes en tren de festejo por haber terminado la secundaria, era a todas luces un despropósito, evidentemente fuera de tiempo, contexto y lugar, además de inútil, hasta tal vez contraproducente.

Estaba seguro que lo primero que pensarían y en el peor de los casos contestarían ante una advertencia de su parte, sería la consabida frase: y bueno, al fin de cuentas de algo hay que morir.

Tampoco podría explicar la inconsistencia de la frase en cuestión.

El sabía bien por sus años de profesión y ahora, lamentablemente por experiencia propia, que morir no era tan simple y era sólo un aspecto de un proceso, ni siquiera el más importante, que sobrevinía después de sobrellevar en ocasiones largos años de enfermedad, sufrimiento, dolores, miedo, incertidumbre, tristeza, sobre todo si era, como en estos casos una enfermedad autoprovocada, que se presentaba sólo por haber fumado.

No era tan fácil.

El proceso que rodeaba a la muerte, o a la posibilidad cercana y amenazante del final era mucho más complejo.

Otra vez los recuerdos lo invadieron, sentado ahora en un banco de Plaza Guernica, sin saber cómo había llegado hasta allí, absorto como estaba en sus pensamientos.

Todo había comenzado con un trazo de sangre en el esputo durante la reagudización de una bronquitis como la que sufría cada invierno.

Había esperado para ver si el fenómeno se repetía examinando cuidadosamente su catarro en busca de trazos de sangre que no encontró.

Había olvidado transitoriamente el asunto pero se vió obligado a consultar una semana más tarde con Alcides Greca, el clínico y amigo en el que más confiaba, dado que lejos de mejorar, su cuadro había empeorado. Más sangre, tos productiva con el agregado de fiebre.

Alcides le pidió que se hiciera algunos análisis y una radiografía de tórax.

Se había sacado la placa un Viernes por la tarde con un técnico radiólogo que no lo conocía y lo había tratado como lo que era, un paciente más.

La placa metálica en la que había que tenido que apoyarse para tomar la radiografía, estaba fría y tuvo ante su contacto una sensación de vulnerabilidad muy profunda, desencadenada por la experiencia de la relación médico-paciente, que había vivido siempre desde el cómodo sillón del médico, trocada bruscamente, de un día para otro, en la incómoda posición de un enfermo que sabe que del resultado de los estudios, depende nada menos que su expectativa y calidad de vida en adelante. Alcides, era un médico muy ocupado y la secretaria le había dado turno recién para el Martes siguiente.

Había ido a buscar el resultado de la radiografía el Lunes luego de pasar un fin de semana muy nervioso y asustado, durante el cual, para colmo de males, sus síntomas no mejoraron.

Aunque dudó en verla y leer el informe, no pudo resistir la tentación de hacerlo. Maldita la hora.

En el lóbulo superior del pulmón derecho tenía una opacidad del tamaño de una moneda de un peso.

Leer el informe resultó aún peor ya que confirmaba su observación y hablaba de *"imagen compatible con estructura secundaria en lóbulo superior pulmonar. Agregaba que observaba a nivel mediastinal estructura compatible con adenomegalia"*...

No había podido seguir leyendo.

Esa noche tampoco había podido dormir.

Al suspender su consultorio por cuestiones de horario y sin saber qué hacer con el tiempo sobrante, había llegado muy temprano a la consulta con Alcides, quedándose sentado en la sala de espera, una hora antes de su turno.

Había llevado un libro que pretendía leer, pero un observador atento que hubiese presenciado la escena habría advertido que ese particular lector, no daba vuelta las páginas del libro, nunca.

Al pasar al consultorio, luego de un tiempo de espera que le pareció sólo ligeramente más corta que la eternidad, Alcides, algo nervioso, no encontrando fácilmente las palabras adecuadas, le había explicado que el

diagnóstico no tenía que significar necesariamente una patología maligna, pero que para confirmar (Guillermo pensó en el significado de los lapsus linguae), mejor dicho para descartar que no fuera un tumor, habría de realizar una punción de la estructura neoformada bajo guía tomográfica. El efecto de esas palabras en las que sin embargo Alcides había evitado prolijamente la palabra cáncer, fue devastador.

La pesadilla había empeorado en los días que siguieron.

Los trámites para lograr la cobertura del estudio por la obra social que lo cubría no habían sido nada sencillos.

La rolliza secretaria que le había tocado en suerte para tramitar la tomografía, le había hablado con tono neutro, mientras llenaba un formulario en la computadora y sin mirarlo ni una sola vez, le había dicho que el trámite precisaba de la autorización expresa del auditor que recién consideraría su caso el Viernes.

Algo aturdido, había preguntado la hora a la que debía acudir y sin siquiera acordarse de saludar se había ido.

Luego de tres cuadras de caminata en las que evidentemente había tenido suerte al cruzar la calle ya que ni se le había ocurrido mirar si venía circulando algún auto, se había percatado de que faltaban todavía tres días para el Viernes.

¿Qué se suponía que uno hacía en esos casos?

Afortunadamente había resuelto suspender su consultorio por lo menos hasta resolver este tema.

Eso, al menos, había evitado que diagnosticara un embarazo en su próximo paciente varón o un cáncer de próstata en la próxima mujer, dado su escaso poder de concentración remanente.

El calvario del tratamiento, siguió ininterrumpidamente y fue infinitamente peor al del diagnóstico. Terminó odiando a la gordita de la obra social que parecía gozar al rechazarle las órdenes, cosa que hacía casi sistemáticamente, siempre sin mirarlo absorta en la pantalla de su computadora.

Era evidente que la frase, total de algo hay que morir...no era tan real ni tan fácil.

Morir no era sencillo, ni liviano, ni divertido, ni gracioso, ni ocurrente, ni nada y él tenía miedo.

Mucho miedo.

Se quedó pensando sobre el tema un rato largo, sintiendo que algo tenía que hacer al respecto. Decidió que si llegaba a sobrevivir los tres meses de vacaciones, al comenzar el ciclo lectivo del año siguiente, hablaría con las autoridades de la escuela para que le permitieran transmitir su experiencia a los alumnos en un contexto adecuado.

Se pondría a trabajar en el mensaje que debía darles, la forma que debía adquirir su futura charla, qué mensaje daría con el propósito de inducir a estos jóvenes a alejarse de la que conocía como la causa de muerte evitable en el mundo, más frecuente.

El episodio, actuó como catalizador para que mientras seguía camino de vuelta a casa, caminando lentamente, se perdiera en sus recuerdos retrocediendo en el tiempo a la velocidad de la luz, reviviendo el pasado, buceando en aguas bastante agitadas y turbias.

No recordaba los detalles menores de su propia historia, tan lejana en el tiempo como para poder evocarlos con claridad.

Recordar así, al fin, era como presenciar escenas de una película algo borrosa, entrecortada, desordenada, ensamblada por un mal director, desdibujada y carente de colores y relieves, que no se habían grabado de manera nítida en su memoria, o mejor dicho, sí lo habían hecho alguna vez, pero habían perdido precisión y nitidez con el correr de los años.

Iba ya por los 49. Había nacido en el año 1963 en la ciudad de La Plata, segundo hijo de una pareja conformada por su padre Eduardo y su madre Ofelia.

Uno de los primeros recuerdos que se había grabado en su memoria durante su infancia, lo que registraba como el despertar de su conciencia consistía en la imagen de su padre, agigantada por sus ojos de niño, alto y fuerte, aunque en realidad no lo fuera tanto.

Como en un clip de video, con el personaje principal enfocado desde abajo, lo recordaba como un día de invierno en el que sentado en el suelo del patio de su casa, veía pasar a un hombre poderoso enfundado en su sobretodo negro, entrando en la casa dando grandes zancadas, un conjunto de libros en su mano derecha, un cigarrillo en la comisura de sus labios, haciendo caso omiso de su presencia.

No sabía a ciencia cierta cómo había llegado a unir el recuerdo de lo que fue la entrada de su padre en el escenario de su vida, con la noción de que ese mismo día había reprobado un examen de la facultad, pero en su alma de niño, sin dudas, había detectado algo parecido a la tristeza en su semblante, y al encontrarse con Ofelia, Eduardo había pronunciado la palabra "bochado".

Él recordaba vagamente, no haber entendido el significado de la palabra y haberle preguntado más tarde a su madre, qué había querido decir su papá.

Ofelia se lo había explicado, quedando luego de conocer el significado, a la vez triste e indignado por aquellos profesores responsables del fracaso de su padre, a los que imaginaba feos, injustos y malvados.

Tal vez nada de eso había pasado o no había sido así en realidad y lo que creía su primer registro en la memoria, en realidad sólo formaba parte de un collage de episodios diferentes entremezclados, recuerdos impostados...

Nunca lo sabría y tampoco tenía mayor importancia, pero esa era la primera foto mental que atesoraba como la primera imagen paterna.

Su padre, adquirió en la primera época de su infancia, una importancia crucial. Guillermo anhelaba verlo llegar, esperando cada día un gesto de cariño que nunca recibió y esperó en vano durante mucho tiempo, hasta que finalmente se resignó a no recibirlo, seguro de que así era como correspondía que sucediese.

Cada vez que evocaba su imagen, lo recordaba fumando y también, siempre algo enojado/triste.

A pesar del examen reprobado, su padre estudiaba con ahínco, por las noches, consumiendo horas de estudio y cigarrillos sin parar.

Muchas veces lo había acompañado, en el comedor diario, mientras él estudiaba, disfrutando de estar en silencio a su lado, simulando dibujar o hacer sus tareas del colegio, mientras lo observaba a hurtadillas, sin molestarlo.

Ofelia, su madre, ocupaba en sus primeros recuerdos, un injusto papel secundario.

A pesar de no haber sido una madre de naturaleza demostrativa y cariñosa, había suplantado con su trabajo constante y abnegado, la entrega a la familia en una actitud en la que él quería ver o imaginar amor transformado en dedicación.

Su infancia y el comienzo de su adolescencia, transcurrieron en un clima generalmente belicoso dentro de un hogar desavenido, en el que no pudo evitar transformarse en muchas ocasiones en mudo y a la vez privilegiado testigo de amargas discusiones de altísimo tono sostenidas por sus padres casi a diario, desarrolladas impúdicamente en su presencia y la de su hermano, insultos incluidos, que lo herían y asustaban tanto como si hubiesen estado dirigidos a él mismo.

Lo peor de esas peleas no era la agria discusión en sí sino su inevitable secuela ya que siempre constituían el prelude de larguísimas temporadas en las que en la casa se instalaba un torturante silencio que no se rompía siquiera para los básicos saludos de arribo o despedida ni para comunicar novedades, comentar una noticia, emitir una opinión, tender un puente/tregua/gesto conciliador o algo equivalente, estirando la duración de estos períodos espantosos de ausencia de palabras que los involucraba a todos, transformándolos en una familia sepultada bajo una campana acústica impenetrable, especie de incomunicación hostil, descalificadora, invalidante, desesperanzadora y casi desesperante que cual grito silencioso proclamaba un claro: no les hablo porque estoy solo o porque en verdad no estoy aquí, porque nuestro vínculo pende de un hilo o ya se ha roto, porque entre nosotros ya no hay, ni habrá probablemente nada más que decir.

Hubiese sido preferible la violencia activa en vez de esa especie de espera constante, similar al silencio que precede a una explosión o una tormenta, tensión emocional sostenida previa a un conflicto pronto a estallar en cualquier momento, cuerda de violín mal afinado, tensada al extremo y a punto de cortarse, en su condición de espectador pasivo con una completa falta de control sobre la situación.

Los niños no opinaban sobre estas cuestiones.

En nueve ocasiones, estas rupturas parciales pero salvajes de la comunicación, habían traído aparejadas la huída de su padre del hogar.

En ocasiones estas separaciones duraban semanas o meses.

En tales ocasiones, el silencio del enojo reinante en la casa se trocaba en uno de tristeza, temporadas en las que veía a su madre deambular por la

casa, como una sombra, abatida, ensimismada, silenciosa, fumando un cigarrillo tras otro...

Recordaba muy precisamente el humo y el olor de su casa en esa época. Él no entendía muy bien las razones de las discusiones, ni deseaba hacerlo.

Su reacción natural, había sido la de apoyar a su madre, a la que percibía como víctima inocente del desamor o la amargura de un hombre en ocasiones ausente que cuando presente, solía mostrarse taciturno, cayado, serio, aislado, su cigarrillo entre los labios, sus dedos amarillos manchados por el alquitrán, algo de tos, para romper el silencio.

La escuela, a la que asistió no alivió en nada sus tribulaciones.

Así como su experiencia de vida familiar, modeló un patrón afectivo determinado, su formación escolar afectó fuertemente su idea de autoridad.

Conversaba siempre con un sacerdote del colegio sobre sus sentimientos y conflictos, pero a medida que el tiempo pasaba, había recibido del buen sacerdote muchos consejos que le habían servido para superar momentos difíciles, pero con el correr de los años, el alivio que tales charlas le producían, había sido cada vez menor.

En esas condiciones, habían pasado los años.

Guillermo había crecido en ese ambiente de conflictos familiares y presiones académicas, canalizando algunas de sus frustraciones afectivas a través del deporte.

Desde sus diez años, había aprendido a nadar medianamente bien y su madre, tal vez con el fin de alejarlo de los problemas y de su tendencia a la inactividad, había ejercido mucha presión sobre él para que se transformara en nadador de competencia.

Había comenzado a incorporar en su vida diaria, una rutina de entrenamiento y a pesar de que esto había abierto una puerta a la amistad con sus compañeros de deporte, nadar terminó funcionando muy bien en algunos aspectos y no tanto en otros.

Los lazos con sus amigos, habían sido tan buenos y fuertes, que los había mantenido en muchos casos para toda la vida.

Del deporte específicamente, recordaba cinco aspectos: el frío, el aburrimiento, el dolor físico, el ahogo y las frustraciones. A pesar de que entrenaba con dedicación, jamás había conseguido transformarse en un nadador destacado.

Sólo había logrado resultados medianamente buenos nadando su estilo preferido: espalda.

Con todos los otros tenía la misma dificultad: se ahogaba, le faltaba el aire cada vez que debía respirar secuencialmente alternando períodos con la cabeza sumergida, le faltaba el aire, tragaba agua...

Me falta el aire como si fumara, pensaba cuando era un niño nadador.

Mas adelante, sabía que había estado muy cerca de la verdad.

Nadó casi a diario hasta sus 17 años.

No fue para él traumático dejar un deporte en el que había invertido enormes esfuerzos, del que no había obtenido éxito alguno.

Nunca había ganado ni una sola carrera.



Promediando el año, una tarde de invierno, Guillermo había llegado a casa justo a tiempo para ver cómo su padre, armaba sus valijas y escapaba nuevamente de la casa en la que a la sazón sería su última separación. Se sintió algo avergonzado al descubrir que experimentaba un sentimiento de alivio ante este hecho, al suponer que así, disminuiría la tensión que producía el enfrentamiento constante, que ya se le hacía difícil soportar. Así fue como las tensiones de la casa se aliviaron un poco, y su madre se replegó sobre sí misma en su tristeza y literalmente desapareció. Su padre simplemente se ausentó y se desentendió por largo tiempo de todo, incluyéndolo.

Su hermano mayor, de 18 años, se refugió en la casa de sus amigos de la facultad y casi desapareció también.

Durante algún tiempo lo invadió la sensación de que era él el responsable de que su madre no quedara sola, que debía mitigar su tristeza y trató de hacerlo con su compañía

Con un pretexto cualquiera abandonó el deporte, para volver temprano a casa, se dedicó a ayudar en las tareas del hogar y trató de brindarles a esa mujer desolada el consuelo de un hijo que ahora devolvía la misma moneda equivalente al amor, disfrazado de dedicación.

Su egreso del colegio, con notas buenas como siempre, le significó una alegría enorme, la liberación de un yugo que le había abierto a la vez, las ansiadas puertas de la facultad de medicina.

Jóven, entusiasmado con su presente, los años de estudio de la facultad resultaron los mejores de su vida y el tiempo pasó tan rápido como pasa en los buenos tiempos.

Tener un compañero de estudios fumador, fue la última gota que derramó el vaso para que comenzara, o lo que con mayor propiedad podría decirse, continuara con su carrera de fumador transformándose desde lo que había sido hasta ese momento, un fumador pasivo víctima del tabaquismo de sus padres, en un consumidor activo, muy activo.

Durante toda su vida, sus padres habían fumado en su casa, en lugares cerrados, sin tener en cuenta de que intoxicaban a su propio hijo, como cuando Eduardo fumaba en el comedor mientras Guillermo lo acompañaba haciendo o fingiendo que hacía su tarea.

Las primeras consecuencias que su exposición al humo de segunda mano le habían traído aparejadas, era la merma evidente en su desempeño en los deportes, como cuando le faltaba el aire al nadar, aunque de eso, nadie se había dado cuenta.

Terminó la facultad, se recibió sin dificultades y nunca lo "bocharon".

Su padre no llegó a verlo recibido de médico.

Nadie resiste tanto tabaco por tanto tiempo.

Murió a sus 60 años cuando, Guillermo estaba en tercer año de la carrera. Estaba estudiando en su casa, cuando lo llamaron desde el Sanatorio, donde habían internado a Eduardo unas horas después de sufrir un accidente cerebrovascular.

Un amigo de su padre lo había encontrado inconsciente sentado al volante de su auto y lo había llevado al Sanatorio.

A poco de estar internado, Fernando se recuperó transitoriamente al punto de recobrar la lucidez por completo. Conversó con su hijo por última vez, antes de repetir, esa misma noche un nuevo accidente cerebral que a la postre, le costaría la vida. Habían conversado sobre temas que nunca antes habían hablado. A los dos, tal vez a raíz de la cercanía de la muerte, les pareció momento de sincerarse y empezar de nuevo. Hablaron sobre todo de errores propios y también, aunque menos de los ajenos, volvieron poco al pasado y sobre todo de cómo debía ser el futuro. Guillermo se quedó con la sensación de que Eduardo había hablado del futuro sin mayor convicción ni esperanza y que no le había importado mucho morir. Ofelia, impresionada por la muerte de su ex-esposo, cambió de a poco su vida, dejó de fumar, se propuso vivir mejor y en parte, lo logró.

Un día, Guillermo terminó el tratamiento con una cirugía incluida y quimioterapia previa y posterior. Terminó el día 17 de Marzo de 2002, último día de quimio, primer día de clases en las escuelas secundarias. Para festejarlo fue sin cita previa a su colegio, se presentó como ex - alumno y pidió al mismo cura que le aconsejaba en su época de estudiante, devenido en Director, que le permitiera devolverle al colegio los consejos recibidos otrora en charlas dirigidas a los alumnos promocionando la salud en general, los beneficios de la buena alimentación, del ejercicio físico, el valor del aire puro. Tal como había interpretado en sus comienzos que su compromiso era dar el ejemplo como cardiólogo, asumió uno más amplio y abarcativo. Eligió más que prohibir los hechos perjudiciales, enfoque tradicional de charlas y conferencias sobre los temas de salud, la estrategia de promover las conductas beneficiosas. Los mismos jóvenes, a quienes admiraba por ser defensores y promotores de la ecología y del cuidado del medio ambiente, le dieron la clave del enfoque que debía implementar. Estaba convencido de que nadie puede cuidar al mundo, si no cuida primero su propia casa. Trató de que compartieran el concepto de que luchar contra la contaminación ambiental el calentamiento global, la utilización de combustibles fósiles, la minería a cielo abierto y a favor de la protección de las especies en peligro de extinción debía comenzar para ser coherentes, por evitar la contaminación del ambiente en su propio comedor diario, denunciar que algunos seres humanos, son agredidos antes de nacer y son víctimas de cambios genéticos desencadenados por madres que fuman durante sus embarazos, que el cuarenta por ciento de los niños en nuestro país están expuestos en sus propios domicilios al humo de tabaco ambiental y tantas otras flagrantes injusticias que pasan desapercibidas.

Adaptó su discurso a las distintas edades y sigue hoy dando sus charlas en las que no advierte sino que aconseja en su colegio y en otros.

Hasta ahora, no ha sufrido ninguna recidiva de su enfermedad, pero sabe que si esto ocurriera, su vida no habrá sido en vano.

FIN  
CARLOS LORENTE